

TOMO I

H O M E N A J E

Luis Jaime Cisneros

Capítulo 28



Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Homenaje Luis Jaime Cisneros
Tomo I

Editor: Eduardo Hopkins Rodríguez

Diseño de carátula: Giselle Scheuch

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa rústica:
9972-42-473-1
Tomo I: 9972-42-474-X
D.L. 1501052002 2422

Obra Completa tapa dura:
9972-42-476-6
Tomo I: 9972-42-477-4
D.L. 1501052002 2421

Primera edición: julio de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier
medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

El amor y las heridas*

José Antonio Bravo

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

«Y AQUÍ ESTE INIGUALABLE cuadro de Honoré Daumier, que es más que un testimonio de buena factura y uno de los más renombrados entre la producción estimadísima de este gran pintor francés del siglo pasado. Porque Daumier no solo fue un pintor de renombre que muy bien ocupó un lugar preponderante en el panorama de la pintura parisina de mediados del siglo XIX, sino que influyó e influye todavía en los pintores figurativos expresionistas del mundo. El cuadro se titula *Vagón de tercera clase*. Ustedes notarán la grave expresión de los personajes que allí aparecen, es una suerte de retrato de las condiciones de vida del pueblo en Francia, muestra gráfica de una clase social disminuida, desvanecida, sin futuro en la mirada, con una sensación de cansancio en el rostro y en el cuerpo, no solo por la delgada alimentación [...]».

Me parecía increíble volver a ver el mismo rostro, escuchar la misma voz. Las caderas un poco más anchas, el rostro algo descuidado; me parecía inexplicable, poco probable, por decir lo menos, fortuito; un encuentro casual en el Museo Metropolitano y haciendo de cicerone, una de las mujeres más alertas que yo había conocido casi veinte años atrás, en el medio oeste de los Estados de la Unión. El encuentro fue también en otro museo, el de Chicago, mirando un cuadro de Seurat. Pero poco o nada importaba ya eso ahora, los años habían pasado, su rostro y su cuerpo eran distintos, mejor dicho habían cambiado. Pero sí, era ella, no cabía ya la menor duda. Decidí, entonces, seguir escuchándola, discretamente, sin perturbar su trabajo.

Y, sin embargo, mientras ella hablaba de Daumier, efectivamente un gran pintor francés, yo recordaba que su cuadro sobre el *Quijote de la Mancha*, con esa agresividad del color perdida en el horizonte, en la silueta sabia y delirante del personaje, había influido decididamente en la serie de cuadros que nuestro pintor Humareda había pintado durante su vida; también desposeídos del amor, los desheredados de

* Fragmento de novela en preparación.

la dicha, los sepultados en las garras de la soledad; como los que buscan en los basurales en Lima y que Enrique Congrains Martin ha perennizado en su libro *No una sino muchas muertes*, y cuyas escenas aquí en Nueva York se repiten a diario sin necesidad de ir a los botaderos de la metrópoli, escenas como las de aquellos hombres y aquellas mujeres que deambulan por las calles, los supermercados, los hoteles, las universidades, las diferentes líneas del metro (que aquí le llaman *subway*), los basureros públicos, los jardines; hombres y mujeres que recogen las latas de las bebidas gaseosas y de cerveza porque por cada una de ellas ganarán cinco centavos de dólar. Estos personajes no necesitan ni una, ni muchas suertes, sino todas, todas las suertes del mundo, pero todos los días. Porque en Nueva York, la primera ciudad del mundo, la capital del mundo como la llaman aquí, también hay miseria igual que la de Lima.

Henry Miller, el escritor norteamericano que señaló una huella en la literatura de los años cincuenta y sesenta, cuando hablaba de su famoso Puente sobre Brooklyn, envolvía sus anécdotas en ese halo de, o por mejor decirlo, en ese vaho de pobreza, aludiendo también a la actitud misérrima de los hombres, con otra connotación, otro significado.

Porque donde hay pobreza, hay avaricia. El avaro busca el dinero, pero también puede ser ambicioso, y, en este caso, la ambición busca el mando, está unida al poder; por algo se dice que la codicia siempre quiso ser dueña de la Tierra; en los libros de cuentos para niños, el codicioso se excita viendo a un rey sentado en su trono; acaso no dicen los tratados que «el avaro suspende el aliento y aguza el oído para un mejor regocijo cuando escucha el sonido de las monedas», por allí *el ambicioso sueña con el asiento del poder*, no dicen que en la política no interesa cómo llegar al poder, sino el poder mismo. Maquiavelo ya lo había afirmado: todo lo justifica *la toma del poder*. Se ha especulado mucho acerca de que si la avaricia es o no ruin, o tal vez solo es cruel; en un país como Norteamérica, en el que la educación individualista orienta al educando a ser el mejor para ser el primero en la empresa o en el gobierno, la propuesta final es, sin lugar a dudas, la ambición y el poder; en una civilización tan avanzada en el individualismo, la pobreza y el fracaso son las *fórmulas para el contrapeso* de la sociedad.

No una sino muchas suertes, las deseamos a todos y para nosotros mismos, en una cadena interminable de recomendaciones y empeños: desde hacer las cosas cuando debimos o debemos y, además, hacerlas bien, acertar en eso que se llama la formación de nuestras

habilidades o cualidades, tal cual lo demandaba Aristóteles, y luego, tener la oportunidad, que es lo que generalmente tarda en llegar.

En eso estaba, acariciando el pasado con todo cuidado para no dañarlo, no echarlo a perder; allí estaba yo, observando el presente reciente y el más inmediato, y me sentía encajonado en una suerte de especulaciones sobre la posibilidad de salvarse o no, en una ciudad tan grande como Nueva York, que acababa de tener casi una guerra civil en un barrio populoso de Brooklyn, una especie de nuestro El Porvenir de La Victoria, pero a lo bestia (como dicen los españoles): espacios de vivienda verdaderamente colapsados, cuyos escenarios hubieran sido, con seguridad, material impagable para el maestro Daumier, al que se había referido hacía unos momentos Phoebe, mi amiga, a quien encontraba después de tantos años y que, con seguridad, en su fuero interno, recordaba por una simple asociación de ideas a nuestro Humareda, a quien conoció en París, cuando el Cholo creyó que podía conquistar la Ciudad Luz en una semana. Sí, Humareda se hubiera sentido bien en estos edificios de Brooklyn, desde donde se ha inventado una guerra para cobrar dividendos políticos, cuando en realidad lo que allí pasa es que hay mucha gente en muy poco espacio y, además, ese espacio no es agradable, por eso la acumulación de los sucesivos microtraumatismos afectivos y carenciales (de carencia, como dicen nuestros psiquiatras), piden un desfogue. No es que los negros odien a los judíos o viceversa, lo que pasa es que odian a la pobreza y por eso odian a cualquiera; alguien inventó la farsa del odio racial y se agarraron a patadas (hubo, hasta donde se informó, un muerto). Se sabe muy bien que la cosa no quedará allí, pero también se afirma que pronto terminará el verano y los malos genios se comenzarán a enfriar.

Qué raro, ahora Phoebe está hablando de un cuadro de Ensor, ese extraordinario pintor belga que, con seguridad, conoció a Daumier y que tuvo una formidable acogida durante casi setenta años de creación de los casi noventa que él vivió. Phoebe habla del cuadro *Las máscaras reconfortan a la muerte*, dice Phoebe que es un cuadro prestado por el Museo de Arte Moderno. Y me mira, y sigue hablando de Ensor, y me vuelve a mirar, y yo solo sonrío porque ella y yo sabemos que el maestro Ensor también influyó en nuestro Humareda, pero, con seguridad, lo que hay en la mente de los dos es la duda: yo, si es que ella es quien yo calculo que debe ser y, ella, lo mismo con respecto a mí. Pero es solo un hilito de duda. Phoebe ha seguido hablando de la pintura de Ensor y se ha ido aproximando al sitio donde yo estoy,

me ha mirado fijamente, no le ha quedado ninguna duda, ni a mí tampoco.

Y tú le decías a tu grupo del museo: «Este aparente realismo casual de Degas para pintar a sus bailarinas de ballet, como si las hubiera sorprendido en un momento exacto, con una máquina fotográfica en la mano». Las bailarinas practican, un violinista les marca el compás, y el maestro Degas les marca el compás con su retina y las retiene para siempre —para nosotros, digo yo. Y tú pasas a mi costado, me miras como si no me conocieras, y me dices en voz baja: «No solo de pan vive el hombre», dándome a entender que esa gran cantidad de pintores genios, que apareció casi al mismo tiempo en París, se murió de hambre y quedó su obra, que es la que permite que ahora nos regocijemos. En otras palabras, lo que tú tratabas de decirme era que mejor me hubiera muerto yo, con tal de haber dejado una obra. Qué te parece. Mejor muerto recordado con cariño, que vivo sin creación. Si las cosas fueran como tú las deseas o las piensas, Phoebe, entonces el planeta se deshabitaría en un instante, de un solo plumazo.

Yo pensaba en el joven que acababa de ver en la calle 45 con Broadway, preparando maní *confitao*, como lo hacen en cualquier barrio de Lima, más concretamente, en casi todas las esquinas de la Lima Cuadrada; además, el hombre a quien acababa de ver metía el maní *confitao* en unas bolsitas exactamente iguales a las que se usan en Lima: con papel de manteca y pegadas con engrudo preparado en casa; increíble, hasta el carrito era idéntico a los nuestros; y además tenía una extraordinaria demanda, los gringos hacían cola para comprar sus bolsitas de maní. Yo quería decirte, Phoebe, que ese hombre valía más que cualquier pintura de Degas, pero no te lo decía, ni te lo dije, ni te lo diré, porque después me contestarías que mi cerebro solo servía para buscar disculpas bien armadas, para justificar mi abulia por la creación. La verdad es que tú siempre quisiste que yo fuera escritor para que te colocara a ti como personaje, para que tú fueras la heroína de mis novelas. Y lo peor de todo era que tú no sabías que ya, hacía tres novelas mías habías entrado como personaje, con un nombre distinto, por supuesto. Pero no te lo iba a decir, prefería que siguieras sintiendo y pensando que yo era una inutilidad y que lo más importante era la búsqueda del color y de la luz en los cuadros de los grandes personajes de la pintura universal.

Yo acababa de leer en el *New York Times* un artículo acerca de la obra de Edgard Allan Poe, en el que se justificaba que fuera alcohólico y que llegara a esas alucinaciones y que muriera como un perro,

pero que hubiera dejado esa gran obra. Y no hacía mucho tiempo, en este mismo año de 1991, un magnífico hombre vinculado a la cultura en el Perú me había dicho que, felizmente, César Vallejo se había muerto de hambre en París y «gracias a Dios» que estuvo preso, porque si no, no hubiera escrito lo que escribió y no hubiera llegado a ser el mejor poeta de habla española. Conozco ya esas teorías. Lo que sucede es que ni a Vallejo ni a Allan Poe se les ocurrió sacar su carrito como lo hacen aquí muchos peruanos (porque con seguridad este es un negocio de mafia peruana) para vender maní *confitao*; o como sucede con otras personas y el pan con *hot dog*, o el pan con cebolla, o rosquitas con azúcar y hasta bistec *apanao* y pan con huevo frito; es cierto que los carros están mejor pintados, pero las manos de estos que sirven por aquí son o están tan cochinas, tan sucias, como las de nuestros compatriotas. He visto vender en las calles de Nueva York, exactamente en Broadway, en una feria ambulante entre las calles 66 y 70, hasta anticuchos de carne y corazón y pescado, con papas sancochadas.

Pero tú me interrumpiste, me sacaste de mis analogías diciéndole en voz alta a tu grupo: «Mañana iremos al Museo de Arte Moderno y allí tendremos la posibilidad de ver un cuadro verdaderamente inédito de Hilaire-Germain-Edgar Degas titulado *En la sombrerería*, de gran factura», según tú.

No ves, Phoebe, las personas que vendían sombreros y las que compraron los sombreros y que han sido retratadas por Degas también son importantes, sirvieron para eso, y no fueron, jamás, artistas.

Pero yo no quería interrumpir tu trabajo ni esperar a que acabaras de hacerlo, así es que me senté en una banca y vi cómo tu grupo de turistas iba desapareciendo con tu voz, de un salón al otro.

A la hora, más o menos, regresaste por mí: «Ya se los llevaron a ver el puente sobre Brooklyn y la Estatua de la Libertad». Entonces yo te dije que fuéramos a la 42, para tomar el bus 104, que recorre casi todo Broadway. Como siempre, tú quisiste imponer tu autoridad de machismo feminista, pero aceptaste mi pequeño delirio. «No le hacemos daño a nadie por pasearnos por gusto». Y vimos desde el puente Pershing, en la 42, en adelante, cómo se iban salpicando las veredas con vendedores de guías, planos, anteojos, sortijas, colgajos, baratijas, peines, espejos, libros viejos; justamente a la altura de la Biblioteca (hablo de Nueva York), en la vereda de la Universidad de Nueva York, en la Escuela para Graduados, allí están, venden de todo: novelas rosa, de misterio, de aventuras, libros de cocina, casi nuevos, cómo

hacerse el maquillaje (un libro de los sesentas), mecánica popular, libros para hacer ejercicios de la época prehistórica al *aerobic*, revistas para modelar el cuerpo de los hombres y las mujeres, con pesas. Cuando se voltea, de la 42 a Broadway, los vendedores se «afinan» preferentemente venden libros de arte, nuevos, envueltos en plástico, allí están: Daumier, Cezanne, Degas (tu Degas, Phoebe), Renoir, Monet, Gauguin, Toulouse-Lautrec, Modigliani, Bonnard, Picasso, Van Gogh, Seurat.

Yo quería demostrarte, Phoebe, que la gente trabaja porque necesita vivir, no todos pueden, como tú, hacer lo que les venga en gana y mandar rodar al mundo, cuando les llega la locura. Yo te iba diciendo, durante nuestro recorrido, qué vendía cada uno de estos ambulantes (que sí son verdaderamente ambulantes, porque a las seis de la tarde ya desaparecieron todos). Pero cuando llegamos a la calle 75 te dije para bajar del ómnibus, para que te fijaras qué vendían: tenedores torcidos, peines usados, sombreros grasosos, zapatos de tercera mano (no es una exageración), casacas, pantalones, condecoraciones de la Primera Guerra Mundial, de la Segunda Guerra, de Vietnam, de Corea, uniformes de soldados, sillas desvencijadas, juegos incompletos de vasos, abanicos recompuestos, casacas de cuero peladas, discos de 78, de 45, revistas de los años veinte, máquinas de afeitar que no funcionan, cartucheras, las pistolas las venden dos calles hacia el río, si uno se anima, allí están los aparatos telefónicos de los años cincuenta, carteras, guantes viejos y desteñidos, fotografías increíbles (muy buenas), atlas, libros de animales, revistas obscenas (para hombres y mujeres), tijeras, llantas de bicicleta, chompas gastadas, lápices usados y sin punta. Todo y nada, al alcance de la vista y de las manos, Phoebe, hasta que te paraste en seco, como siempre lo haces cuando te amargas: «Mira, yo ya sé que el hombre se gana el pan con el sudor de su frente, y sé también que no solo de pan vive el hombre. Qué te has creído. Qué crees que he hecho durante estos veinte años que no te veo, simplemente trabajo, la niña me hizo cambiar. Un poco más y me vuelvo una ambulante. En cambio, tú sigues caminando por el mundo, bien subido de peso y sin pelo. Hasta ahora no sé qué haces en Nueva York, tú nunca hablas. No te lo voy a preguntar, para que te quedes con las ganas de decírmelo».

«Mira, Phoebe, allí hay una señora que vende sombreros viejos, pero no se parece en nada a la modelo de Degas».

Sí, que habías dejado compulsivamente Europa, por encontrar la luz de Turner, ese pintor inglés que el siglo pasado había pintado las

marinas más convincentes de toda la historia de la pintura, según tú. Qué cosa, Phoebe, dejar todo tirado en Inglaterra para seguir buscando las obras de un pintor, porque te faltaba ver dos cuadros que estaban en el Museo Frick de Nueva York, que, en realidad, para las dimensiones de esta ciudad, sí es un museo por las maravillas que tiene. Pensábamos que no había nada después de *La tormenta*, que vimos juntos una vez, en Londres, y que te hizo llorar tanto, Phoebe, fue tan sentida tu reacción, que hubo dos viejitas que se sentaron contigo, frente al cuadro, contagiadas de la emoción y que, prendidas de tu chompa, te decían que era un cuadro informalista, nada figurativo, pintado a mediados del siglo pasado. Qué escena, Phoebe, ahora lo entiendo mejor; la pasión por la pintura te llevó a extremos insospechados. Pero, de verdad también, Turner se había adelantado un siglo.

Barcos entrando al puerto de Calais. Sí, ya sé que me he equivocado, Phoebe, y que Turner murió a mediados del XIX, más razón aun para que su pintura tuviera más créditos, más valor. «Un avanzado en busca de la luz», decías tú, siempre que podías, y tenías y tienes razón, Phoebe. Turner es un mago de la luz hasta sin tus explicaciones, aquí en Frick, en este momento en que vemos: *Temprano en los comienzos del verano*, se siente, se va sintiendo el calor del verano, la pesadez melosa del estío. La luz dorada del Mediterráneo, digo yo, aunque Calais quede en el Canal de la Mancha.

Cuando dejamos la Colección Frick, que así se llama, me pisaste el pie con el taco de bailarina de flamenco que tenía tu zapato: «No te quejes, que es por los veinte años que te has perdido», y volviste a hablar del calor y el verano que no terminaba de irse de esta ciudad en la que el viento no corre mucho; y en ese momento pasaron dos muchachos, montados cada uno en una bicicleta, agarrados de la mano: «Allí va el amor del verano», me dijiste, con una sonrisa cachacienta, que yo entendí como que allá va y aquí no vamos; como que yo, desde que nos habíamos encontrado en el Metropolitano, no te había agarrado ni la mano.

Al llegar a la esquina vimos cómo se perdía, calles arriba, en la avenida que corre paralela al Parque Central, la pareja que había pasado en sus bicicletas. Caminamos calladamente en sentido opuesto y nos ensimismamos, sin quererlo:

(Ellos están agarrados de la mano, a pesar del calor y de ir en bicicletas distintas. Sin duda, para ellos, el verano y el otoño y las demás estaciones del año son solo y únicamente la mirada, el encanto de cogerse las manos. Ningún viento, ningún bochorno, venga de donde

viniere, iba a desarmonizar lo que ellos habían conseguido a través de los dictados de su sangre; porque tanto en primavera como en cualquier época del año ellos se amarían con todo el fuego de sus arterias: los prejuicios, los infundios, las diferencias de edad, los enconos de papá por cualquier razón, todo tendría que ser dejado de lado. Había que preocuparse por las tallas perversas, las dietas sin colesterol, las comidas sin grasas, la coca-cola baja en calorías, el pan negro, el deporte de las mañanas, la respiración de las gimnasias adecuadas, los horarios del *aerobic*, y resistir, a prueba de fuego, sin bajar ni un solo instante la guardia, la prueba máxima de los dulces y chocolates; nada con el licor, ni siquiera por cumplir, para que en los momentos de mayor intimidad, cuando se digite lo máspreciado de la piel, cuando se haga el examen del tacto de cada uno de los poros de sus cuerpos, cada cual sienta en su pareja que no en vano, ellos lo saben bien, el uno ha nacido para el otro. Besar la boca de dientes parejitos, corregidos con frenos desde los siete años, con visitas al dentista cada semana, acompañados por la tía que siempre tuvo tiempo para todo, y que ahora a cada cual le interesa un pepino. Se miran el uno y el otro la nariz perfecta que se operaron a los dieciocho años y que ha hecho que se miren cada vez con más ternura en el espejo, siempre que lo hacen. Cada vez que salgan al campo, a la playa, de fin de semana a otras ciudades. Cuando salgan los viernes a bailar se regocijarán en su perfección, en la perfección de ambos. Una cierta simbiosis se ha ido apoderando de cada uno: los gestos, el modo de hablar, la manera de pararse, el corte de pelo, el tono de voz, los músculos del cuerpo, hasta los olores en las axilas, han sido apaciguados con cremas y unturas y masajes y desodorante y cremas otra vez y baños especiales y jabones divinos. Todo ha sido preparado por expertos en la felicidad para que sean felices).

«Será cierto lo que piensas, chico», me dijiste con acento caribeño y, mirándome de reojo, como si me quisieras sacar de un laberinto: «Mira, chico, creo que ya es hora de llevarte a mi altillo», y me jalaste por un pasaje que une la Quinta Avenida con Madison, casi en el *corner* del parque. De dónde te salía ese acento; recordé que siempre que querías jugar al amor hacías juegos con las palabras, y me preguntaste ¿Quién dijo eso de *omnia vincit amor*? Y yo sabía que me lo preguntabas por gusto, por darme una oportunidad de defenderme de algo, tal vez de ti misma, y te dije: Virgilio.

Cuando entramos al edificio, el conserje te saludó como si fueras la dueña. Ya en el ascensor, Phoebe, tu rostro cambió, el aire acondicio-

nado era perfecto, los dos solos en una paz acelerada como los pisos que se iba devorando esta suerte de cohete, que daba la impresión de no detenerse en el extremo techo del edificio, sino más bien salir hacia la estratósfera y al infinito. Tu rostro iba cambiando, Phoebe, en la medida en que subíamos. En el piso diez me dijiste, con una solemnidad de espanto, a punto de desmayarte casi: «¿Sabes cuánto tiempo ha pasado que no hago el amor? Nada más que casi diez años; desde que salió esto del sida, mi vida sexual ha sido un completo martirio». Llegamos al último piso y luego subimos unas escaleritas, efectivamente, era una casita prefabricada en el techo, con flores y una vista impagable. «La dueña del edificio permite que viva aquí, es una amante de Turner, como yo, pero no somos celosas. Es una anciana de noventa años, hermosa y buena, quiere mucho a la niña». Y te diste cuenta de que habías avanzado más allá de lo necesario con tu información y me dijiste: «Pensaba decírtelo más tarde, la niña tiene ya veinte años, estudia Medicina, tiene una beca por ser muy buena gimnasta, irá a las Olimpiadas el otro año. No me gustaría que la conocieras». Caminaste en dirección al baño, tirando los zapatos y desvistiéndote: «La ducha es muy buena, te invito».

El tiempo cura todas las heridas; todas las horas hieren, la última mata; el amor lo vence todo; más vale tarde que nunca; cada quién se pone la corona que se labra; aprovéchate gaviota que no verás otra; porque donde hubo fuego, cenizas quedaron. Te habías quedado dormida, como para siempre, y yo quería preguntarte por la niña. Cuando salimos a cenar, ya de noche, en el restaurante había una pareja de enamorados acariciándose, vestidos los dos de blanco: «Allí están los de las bicicletas», me dijiste. «Los dos son hombres».